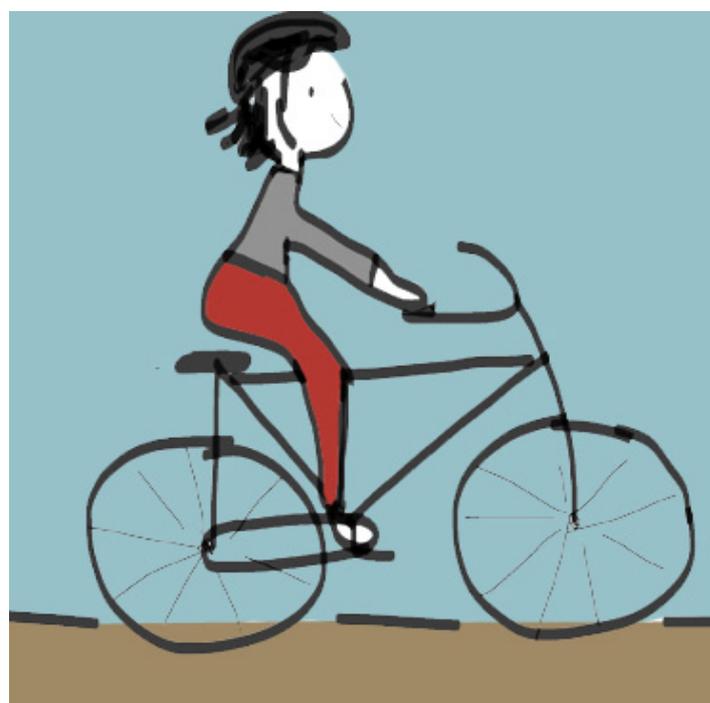




INFANCIA Y MOVILIDAD

Toparse con la realidad

Marta Román



Capítulo 5

INFANCIA Y MOVILIDAD. Toparse con la realidad

Marta Román

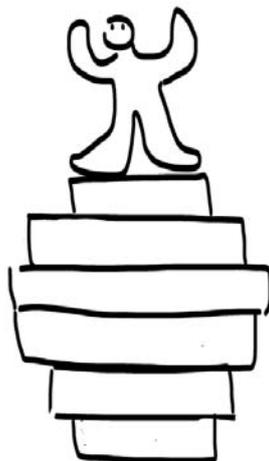
“Cuando se trata de la infancia, lo primero es su SEGURIDAD”

Las personas que trabajamos con niñas y niños estamos acostumbradas a oír y a repetir esta máxima que se nos muestra como incuestionable. Parece que hay un acuerdo unánime y, ante cualquier hecho o actividad que involucre a menores, se establecerán protocolos y medidas de seguridad que todo el mundo considerará oportunas y necesarias.

A lo largo de este texto voy a intentar explicar brevemente cómo hemos llegado hasta aquí, por qué la seguridad se ha situado en un espacio tan privilegiado cuando se habla de infancia. En segundo lugar, voy a plantear qué repercusiones tiene para los propios menores y para la sociedad en su conjunto focalizar tantos esfuerzos en su protección.

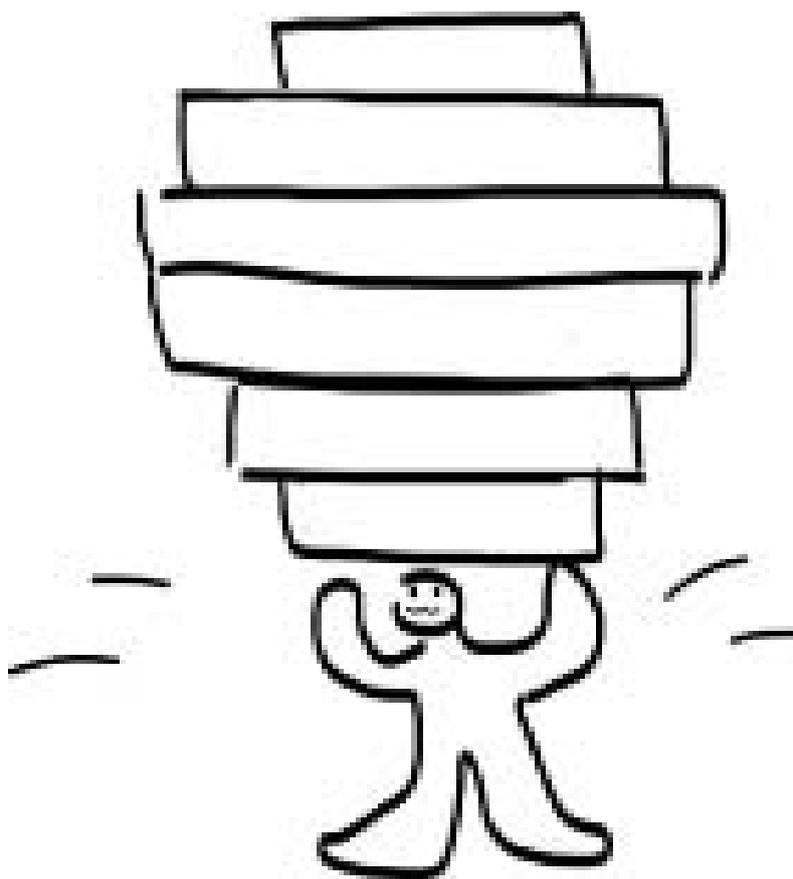
La infancia, un valor en alza

La sociedad protege aquello que considera valioso y frágil. Nuestros niños han adquirido una alta cotización en la escala social y su clara inferioridad numérica -desde finales del siglo pasado los mayores de 64 años superan en número a los menores de 16 en España por primera vez en la historia-, los ha convertido en un bien escaso que, como tal, incrementa su valor.

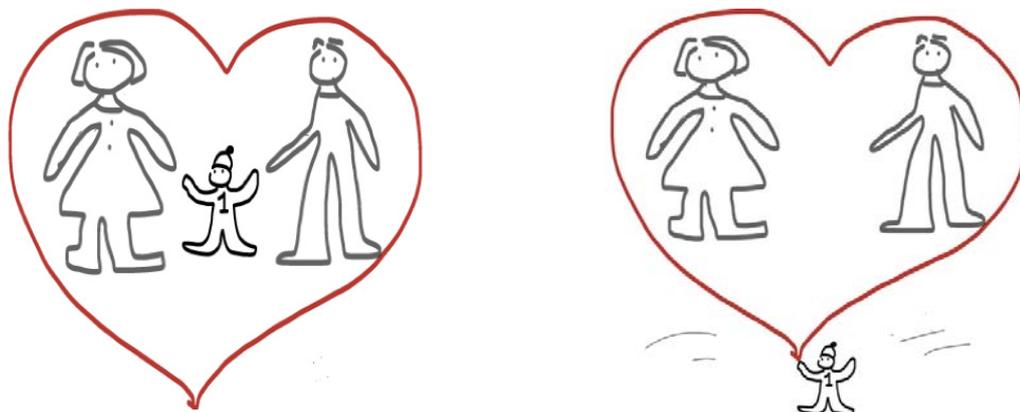


A pesar de ser tan apreciados, su menor peso poblacional ha contribuido a reducir su visibilidad pública y su capacidad de negociación con el mundo adulto. La desaparición de los niños de los espacios colectivos, de forma libre y autónoma, los ha confinado en el hogar o en espacios acotados previstos especialmente para su cuidado. De esta manera, se ha reducido el roce y la convivencia intergeneracional espontánea entre adultos y menores, tal como era habitual en épocas pasadas o en otras culturas. Así, muchos adultos pasan su jornada sin haberse cruzado o interactuado con un solo niño y solo quienes están en fase de crianza o las personas cuya actividad profesional está vinculada a su atención y cuidado, tendrán esa convivencia diaria con menores.

El déficit de relación cotidiana entre personas de distintas edades –con las bondades y conflictos que toda relación conlleva- ha permitido a nuestra sociedad recrear un mundo idílico imaginario de representación de la infancia que tiene más que ver con la fantasía, que con las vivencias y las experiencias de los propios niños y niñas y de quienes se ocupan de su cuidado.



La encarnación de valores excelsos como la bondad, la inocencia o la espontaneidad, así como una imagen extendida de su fragilidad e incapacidad para cuidar de sí mismos y manejarse por su cuenta, sitúa a los niños -hasta bien entrada la adolescencia- en un lugar simbólico intocable, hasta lograr un consenso casi absoluto de que “a los niños no les puede pasar nada”.



Deseados y únicos, nuestros niños “de lujo” han asumido también un nuevo papel dentro de la cosmología familiar. En una época caracterizada por los cambios y la inestabilidad en todos los ámbitos de la vida, estos seres deseados se convertirán en la principal fuente de energía emocional de sus mayores. Frente a un mundo impredecible y cambiante, donde las relaciones laborales, familiares y sociales son cada vez más inestables y precarias, la relación materno/filial o paterno/filial se convertirá en el vínculo emocional más estable para los adultos. Estos seres pequeños de apariencia frágil concentrarán un inmenso poder para satisfacer las necesidades afectivas de sus mayores.

Extremar la protección de los pequeños tendrá, por lo tanto, mucho que ver con las inseguridades percibidas por los adultos y con la fuerte dependencia emocional que depositamos en estas criaturas. La intolerancia a que ellas o ellos corran el más mínimo riesgo lo podemos vincular más con nuestro propio bien que con su propio bien.

La crianza aislada

A pesar de este sentir común sobre el elevado valor de los menores, tener un hijo no es tarea fácil en nuestra sociedad. Lo que antes proveía la calle de forma sencilla y generosa: juego, entretenimiento, relaciones, ejercicio físico, cuidados o apoyo mutuo, se tendrá ahora que solventar en el seno de los hogares. Los niños salen perdiendo porque, por muy maravillosos que sean papá o mamá, difícilmente éstos pueden suplir con su tiempo, esfuerzo, imaginación o dinero todo lo que daba esa diversa y compleja red de referencias.



La privatización de la crianza ha ido asociada a un proceso de inhibición social. Los únicos actores que actualmente están legitimados para encargarse de niñas y niños son sus familiares directos y, de manera subsidiaria, los profesionales de la educación. Todo lo que tenga que ver con los menores se atribuirá a alguno de estos dos ámbitos —la casa o la escuela— sobre los que recaerá todo el peso y toda la responsabilidad de su educación y cuidado.

El triunfo de la privacidad sobre lo colectivo, el triunfo de la casa frente a la calle, la ausencia de infancia y de actividades estanciales, lleva al vaciamiento del espacio público, lo que a su vez da paso al miedo y a la percepción de inseguridad.

Los medios de comunicación, lejos de ahuyentar miedos, sirven de altavoz para crear una situación permanente de alarma cuando se trata de la infancia. Recordemos que cualquier daño a un menor atenta contra uno de los símbolos intocables de nuestra sociedad, algo que va mucho más allá del hecho en sí mismo. Un suceso que tenga como protagonista a un niño o a una niña será difundido, repetido y recreado desde todos los ángulos una y mil veces durante muchos años. Se genera así la percepción de que los raptos o las desapariciones en la calle son algo frecuente y que cualquier niño o niña está expuesto a esos daños en su entorno inmediato.

Aislados en el búnker doméstico, desconectados de las redes de proximidad que generan confianza, la población terminará percibiendo su entorno como hostil y extremando los sistemas de autoprotección. Poco a poco, con esas posiciones individuales de desconfianza hacia el otro, se termina por generar y contribuir a aquello que más se teme.

Una nueva forma de ejercer la paternidad/maternidad

Ante esa percepción de inseguridad, las familias situarán la protección en el centro de su acción. Se crea el nuevo modelo de maternidad y paternidad “guardaespaldas”, que considera que una de sus labores principales será ejercer un control férreo para salvaguardar a sus criaturas de todo peligro, aunque éste sea más imaginario que real. Esta forma privatizada de ejercer el cuidado infantil, lejos de generar seguridad, va contribuyendo a romper los lazos delicados de la responsabilidad compartida sobre su cuidado, dado que ahora será sospechoso mantener un contacto con un niño desconocido, acercarse, hablarle y no digamos tocarle.



Igual que el cartel indica “no pisar el césped, propiedad privada”, se podrá asumir como habitual la frase: “usted no diga nada a mi hijo”. Nadie se atreverá a reprender a un niño que hace algo mal ante el riesgo de tener un encontronazo con sus “propietarios”. Lo que parece un triunfo de la patria potestad, de la libertad de las familias, resulta nefasto para los propios niños que pierden toda una variada y necesaria red de referencias ajenas a la familia y será también dañino para la sociedad en su conjunto que verá cómo la autoridad de los adultos se ve deslegitimada desde las propias familias.



Las denuncias interpuestas al ayuntamiento por un golpe del menor o a un colegio por una caída, no hacen más que reforzar todos los mecanismos perversos que van aislando más y más a los pequeños de experiencias vitales y de un entorno cuidador. Estas acciones legales dinamitan las relaciones de confianza social que se basan en un sentir común de que todos cuidamos y velamos por el bienestar de los pequeños. Un pacto no escrito que ha regido durante generaciones y que ahora se ve cuestionado.

Los cerrojos se superponen

El miedo se va instalando y el control extremo y permanente de la infancia se va consolidando como la forma de cuidado en todos los ámbitos. Dentro de las familias la vigilancia, control y evitación de los riesgos se ha convertido en una fórmula aceptada de ejercer la buena maternidad y la paternidad. La hiperprotección se va instalando como la forma adecuada de ejercer el cuidado.



La sobreprotección de la infancia también se ve coreada por el entorno social. Aunque los vecinos no presten ya ayuda material en la crianza, sí pueden criticar, señalar y hasta denunciar las prácticas que consideren “inseguras”. Aquellas familias que, por ejemplo, dejen ir solos al colegio a sus niños son vistas como descuidadas o negligentes y los adultos miran con pena a esos pequeños “abandonados”.

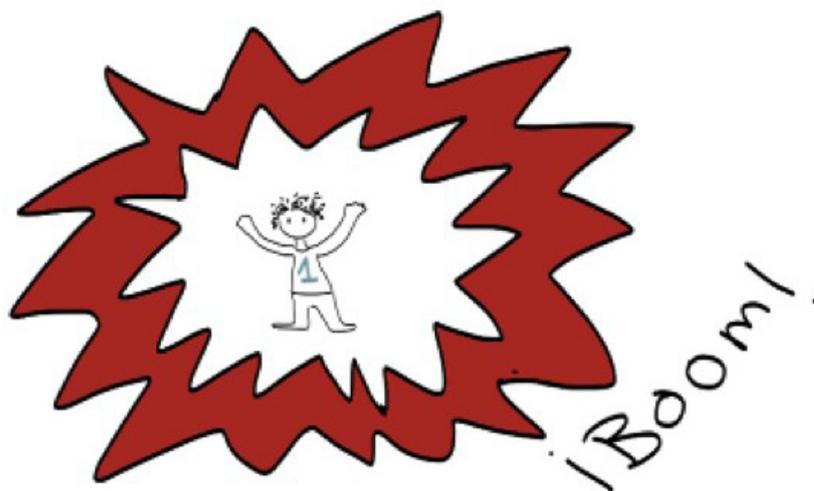
En este marco, los proyectos de camino escolar pretenden plantear precisamente que la autonomía es una forma de ejercer amor, no es descuido o negligencia. Por eso se trabaja con las familias y con el entorno social, para ir transformando el discurso e incorporar de nuevo la experiencia del cuidado colectivo.

Las instituciones también contribuyen a este clima de temor y cada vez son más frecuentes las normas y reglas que inhiben o dificultan las posibilidades de autonomía de los niños como, por ejemplo, exigir que hasta los 12 años tengan que ser recogidos y entregados a un adulto cuando entran o salen de la escuela.

Junto a las normas, la forma de actuación de las administraciones contribuye también a alimentar el miedo o a mitigarlo. Cuando la presencia de la infancia en la calle conlleva condiciones excepcionales, como el acompañamiento policial, se va transmitiendo a la sociedad que, efectivamente, hay muchos motivos para estar muy asustados y que la policía tiene que estar ahí porque nuestros niños corren grandes riesgos.

Peligro: niños

Pero lo que es curioso es que lo que contiene tanto valor y es tanpreciado y querido pueda terminar resultando finalmente... peligroso. La no aceptación social de que los niños corran el más mínimo riesgo los ha transformado a ellos mismos en una sustancia muy peligrosa para quienes los manejan. Cuidar, transportar o encargarse de un menor será parecido a transportar nitroglicerina, algo que puede directamente estallar y dañar a sus cuidadores.



La exigencia de toda una serie de autorizaciones, permisos específicos y seguros de responsabilidad civil para quienes pretenden realizar actividades con menores, retrae y limita que muchas personas se expongan a ese temible riesgo.

Todos estos mecanismos no evitan accidentes que, como tal, son imprevisibles, lo que sí están evitando es la disponibilidad a asumir riesgos. Están inhibiendo a algunas personas a que se acerquen, interactúen y cuiden a los niños. Por otra parte, están vetando que los niños realicen actividades que puedan conllevar algún tipo de riesgo, por nimio o remoto que pueda resultar.

Los ejemplos se acumulan: una profesora de química que decide no utilizar el laboratorio para que sus alumnos no se dañen realizando algún experimento o manipulando algún producto químico; un director que retira los columpios infantiles para evitar caídas; una madre que no se atreve a llevar en su coche a un compañero de clase un día que lo precisa; el responsable de un albergue que no lleva al hospital a un niño porque el seguro de responsabilidad civil no cubre los desplazamientos...

Un estado de excepción instalado en gestos diarios que limitan las oportunidades de ser cuidado, de conocer, de experimentar, de compartir y, en definitiva, de vivir y de crecer.

“Cuando se habla de infancia, lo más importante es...

Igual no está mal dar un paso atrás e intentar salir de ese lugar común en el que estamos instalados que vincula el cuidado de la infancia con seguridad a cualquier precio. Tal vez haya que preguntarse si este sistema de privación de experiencias en esta etapa vital no hace más vulnerables y más pobres a los niños, que ven mermadas sus posibilidades de interactuar con su mundo, relacionarse con otras personas, conocer sus propias capacidades y aprender a valorar y a asumir riesgos.

Tal vez hay que replantearse esta fórmula de seguridad que amenaza a quienes se ocupan de ellos, responsabilizándoles de cualquier daño que puedan sufrir, aunque éste resulte imprevisible e inevitable. Esta búsqueda de culpables reduce el número de personas dispuestas a tomar parte en su cuidado, debilitando la red de apoyos y, con ello, la auténtica seguridad.

Tal vez podemos empezar a formular que lo que realmente necesita la infancia es autonomía para desarrollarse y crecer. El enfoque, en este caso, los sitúa como sujetos de pleno derecho, no como receptores de cuidados o como seres frágiles a quienes únicamente hay que proteger.

La bicicleta es un buen medio para revertir este proceso pernicioso en el que estamos metidos. Por una parte, interpela a la ciudad, ya que exige espacio y condiciones para que niñas y niños puedan utilizarla en sus trayectos cotidianos. No se trata de una medida cosmética, pues conlleva cuestionar las reglas básicas del juego del espacio público.



Que una niña o un grupo de menores ocupen la calzada entra en fricción directa con el sacrosanto tráfico urbano. Supone visibilizar a la infancia y que nos cuestionemos, como sociedad, si realmente son lo más valioso. En ese caso, tendremos que aparcar o frenar el juguete favorito de los adultos, para que ellas y ellos puedan moverse con libertad y seguridad.

Por otro lado, cuando va en bicicleta, aunque vaya acompañado de un adulto, un niño no puede ir de la mano. **La bicicleta lleva implícita una cuota de autonomía, de responsabilidad, una cuota de riesgo**, aunque solo sea para mantenerse en equilibrio. Por eso es tan maravilloso montar en bicicleta, porque conecta directamente con uno de los ingredientes básicos de la vida: el riesgo.

Como dice Eugenia, una joven de un instituto de Madrid, “*me gusta ir en bicicleta porque sientes que ocupas un lugar, que manejas un vehículo*”. Efectivamente, la bicicleta puede ser un buen medio para que la ciudad les abra hueco, les brinde el espacio que precisan para crecer. La bicicleta puede contribuir también a que vayan aprendiendo a manejar su propia vida.

Adams, John (1985) *Risk and freedom. The record of road safety regulations*. Transport Publishing Project.

Alonso, Francisco; Esteban, Cristina; Calatayud, Constanza; Alamar, Beatriz (2009): Los niños, las ciudades y la seguridad vial: una visión a partir de la investigación. *Attitudes*. Colección: Cuadernos de Reflexión Attitudes.

Ehrenreich, Barbara y English, Deirdre (1985): *Por su propio Bien*. Ed. Taurus

Gómez Espino, Juan Miguel y Martínez García, Rosalía (2004) “Riesgo y encantamiento en la construcción social de la infancia” Universidad Pablo de Olavide.

Heywood, Colin (2001): *A history of Childhood*. Polity Press

Hillman, Mayer; Adams, John; Whitelegg, John (1990): *One false Move... A study of children's independent mobility*. PSI Publications. Londres.

James, Alison y Prout, Alan (Editores) (2008): *Constructing and Reconstructing Childhood*. Second Edition. Routledge Falmer. Londres.

Román, Marta y Pernas, Begoña (2008): *¡Hagan sitio, por favor! La Reintroducción de la Infancia en la Ciudad*. Serie Educación Ambiental. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino.

Román, Marta y Salís, Isabel (2011): *Camino Escolar. Pasos hacia la autonomía infantil*. FEMP, Red Española de Ciudades por el Clima, Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino y Ministerio de Fomento (Disponible en pdf en la web del Ministerio de Fomento)

Skenazy, Leonor (2009) *Free-Range Kids: Giving Our Children the Freedom We Had Without Going Nuts with Worry*. Jossey-Bass Books.

Tonucci, Francesco: (1997) *La ciudad de los niños* Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

Tonucci, Francesco (2003): *Cuando los niños dicen ¡Basta!* (2003) Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

